



Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España y sus posesiones de Ultramar.

MADRID.

Nadie desconoce el gran servicio que el señor Madoz está prestando con la publicación de la obra, cuyo título sirve de epígrafe á este artículo; la resolución sola de llevar á cabo esta empresa, en un país donde se carece casi del todo de datos estadísticos, y donde hay generalmente una resistencia inconcebible á facilitar los que se piden, revela un patriotismo y una laboriosidad á toda prueba. El SEMANARIO, que aunque mas humilde que la obra de que nos ocupamos, se propone tambien realizar uno de los principales objetos del Diccionario, cual es dar á conocer de nacionales y extranjeros las riquezas naturales y las cu-

riosidades históricas de España, ha proyectado mas de una vez ofrecer un testimonio de la simpatía y el aprecio con que vé salir á luz la obra del señor Madoz; pero obligado por su índole á escasear los artículos de crítica, para dar lugar á otras materias que prefiere la generalidad de los lectores, dejó la realización de aquella idea para darla todo su ensanche á la conclusion del Diccionario. El tomo diez, que se nos ha remitido, y que contiene el artículo de Madrid, nos pone en el deber de faltar á nuestro propósito; trabajo como el que vamos á examinar, aunque á la ligera, exige que de él nos ocupemos sin aguardar á la conclusion

8 DE ABRIL DE 1849.

de la obra de que forma parte, bien que constituyendo por sí solo un libro independiente de ella.

Dá principio con el artículo de Audiencia, que contiene datos judiciales, históricos y comparativos, de un interés inmenso; tanto mas, cuanto que poco ó nada se ha impreso hasta ahora donde pueda apreciarse la estadística judicial, civil y criminal; no obstante la importancia de esta materia en los progresos de la civilización, y la necesidad de ella á fin de establecer con conocimiento el estado moral del país, y sacar las deducciones necesarias para hacer las mejoras legislativas mas convenientes. En la descripción topográfica de la provincia se encuentran lo mejor que del particular se hallaba esparcido en varias obras, y una porción considerable de curiosos detalles que contribuyen á dar una idea completa del territorio, con todos sus accidentes locales, distancias, costumbres, industria, comercio, instruccion, beneficencia, clima, producciones, obras públicas y riquezas naturales, acompañado todo de cuadros demostrativos que requieren un trabajo ímprobo y concienzudo, pero que son tambien una fuente inagotable de consecuencias del mayor interés.

Los estados de población, los de riqueza territorial, urbana, pecuaria, industrial y comercial, contribucion de inmuebles, cultivo y ganadería, subsidio industrial y de comercio, consumo, derechos de puertas, hipotecas etc., son hasta tal punto apreciables, que por sí solos constituirían una obra preciosa y altamente necesaria. Esta parte del Diccionario es á nuestro entender la mas útil y estimable, porque el señor Madoz, segun tenemos entendido, no ha confiado á otras personas, como pudiera creerse, la elección de los materiales, la apreciación de las comunicaciones, la formación, en fin, de las tablas que á cada paso se encuentran, viniendo en apoyo del texto y presentando en forma sinóptica los datos exactos con los resultados que arrojan. Tarea tan ímproba, pero tan delicada, suele encomendarse en obras análogas á manos subalternas; nosotros no hemos podido menos de admirarnos al saber que el señor Madoz, celoso de la exactitud de su obra, y movido de un entusiasmo sin limites por los difíciles á la par que provechosos estudios á que se dedica, toma sobre sí el penoso cuidado de ordenar y utilizar por sí propio todas las noticias; para empresa tan colosal se necesita una constancia en el trabajo y una escurpulosidad con que ciertamente cuentan muy pocos; pero preciso es convenir en que semejante sistema es el único que debe seguir quien, hallándose dotado de un carácter emprendedor y resuelto, aspire á aproximarse á la perfección. Cuanto desvelo, cuanta diligencia y cuantos desembolsos hayan costado las esquisitas investigaciones que ha necesitado hacer el señor Madoz para presentar tales y tan minuciosos y utilísimos estados, lo comprenderán solo, los que teniendo un conocimiento exacto de España, sepan las dificultades con que á cada paso tropieza el que se decide á emprender estudios serios, de la índole de los que se han necesitado para la redacción del artículo de Madrid, y á trazar en un vasto cuadro todo lo indispensable para el exacto conocimiento de un pueblo; es decir, la organización de la administración civil, eclesiástica, militar y municipal, la division interior, los establecimientos públicos, los edificios de todos géneros, las corporaciones científicas, los archivos, los museos, los hospitales, los hospicios, las fábricas é industrias particulares, en una palabra, desde la observación de las costumbres y caracteres, hasta la averiguación de las necesidades de la vida doméstica y medios de satisfacerlas.

Pero lo que principalmente nos ha llamado la atención, circunscribiéndonos al radio de la villa, es la parte monumental, que ocupa una buena porción del tomo, y que es debida en su totalidad á nuestro buen amigo y colaborador el Señor Don José María Eguren.

No es este trabajo una mera compilación de las noticias que hasta ahora han corrido impresas en punto á la descripción de los edificios religiosos y civiles antiguos y modernos, sino que se halla enriquecido con un número inmenso de detalles verdaderamente nuevos, recogidos á fuerza de diligencias y de tesón. Cada artículo es un servicio prestado á la historia y las artes, y merece una mención lisonjera; entre otros muchos que podríamos citar en apoyo de esta opinión, se encuentra el que se refiere al palacio real. Al leer esta concienzudísima relación de las bellezas que encierra la morada de nuestros reyes, es preciso convenir en que cuanto se habia escrito hasta ahora

por propios y estraños, acerca de este grandioso edificio, si se exceptua la estimable obra del señor Fabre sobre los frescos del mismo, es incompleto y desautorizado en comparación de este esfuerzo de estudio, de minuciosidad y de paciencia; porque no se limita el autor á consultar autores, á elegir con buen criterio la opinion mas aceptable, desvaneciendo ciertas consejas que han solido correr como hechos positivos, sino que á cada línea estampa copiosísimas y desconocidas noticias que dan á la descripción un mérito y una importancia estraordinaria, y cuya adquisición revela entre otras dotes de que el autor se halla adornado, vasta erudición, profundos conocimientos y una afición bien entendida y no muy comun á la apreciación histórica y artística de los monumentos. Para que no se crean exagerados nuestros elogios, diremos, que apareciendo oscura la circunstancia del edificio en que moraron nuestros reyes desde el año de 1734, en que ocurrió el incendio del antiguo alcázar, hasta que quedó habitable el nuevo palacio real, el Señor Eguren ha podido fijar que los reyes no residían en el alcázar quemado cuando ocurrió la catástrofe, como generalmente se creía; para lo cual, y para consignar otros datos curiosos, ha recorrido año por año y número por número, segun allí indica, todas las Gacetas y Mercurios desde 1733 hasta 1764.

Ejemplos mil podríamos citar de noticias recogidas con no menos trabajo y paciencia; los pormenores de la colocación de la primera piedra en el mismo palacio, los de el Relicario existente bajo la capilla del antiguo alcázar, los del que se halla en el centro de los brazos de la cruz con que remata la medianaranja de la real capilla actual y otros muchos curiosísimos pormenores que sería prolijo enumerar, y que se encuentran á cada paso en la citada descripción, demuestran que no es este un trabajo como otros muchos publicados con gran ruido y no pocas pretensiones, aunque en el fondo estén á una distancia inmensa del que forma parte del nuevo tomo del Diccionario. Igualmente prolijos é interesantes son los demás artículos; hacer resaltar su escelencia sería tarea para un volumen y no para un artículo de periódico; baste decir que en todos se aprovecha la ocasión de consignar noticias nuevas y rectificar opiniones erróneas.

En suma, el tomo que contiene el artículo de Madrid, supera inmensamente á los anteriores, en el número de los datos, claridad y método; y en las seiscientas veinte y cinco páginas que contiene, abraza cuanto puede desearse para conocer la villa que sirve de corte á las Españas. Este magnífico libro contiene tambien muchos estados que tienen relación con toda la Península, y cuyo exámen detenido puede producir resultados tanto mas provechosos, cuanto que, fuerza es decirlo, el señor Madoz con los recursos de que puede disponer un particular, ha proporcionado mas datos para la apreciación circunstanciada de España, que todas las oficinas y comisiones que los gobiernos que se han sucedido han nombrado y disuelto alternativamente al efecto.

Ya hemos dicho que no es posible dar una idea completa del mérito y utilidad del artículo de Madrid, á no hacer una enumeración detallada de él, cosa que ni lo permiten los límites de que nos es dado disponer, ni es tampoco para hecha de ligero como este artículo; acaso volvamos á ocuparnos del tomo en cuestión cuando á la conclusion de la obra nos hagamos cargo de ella.

Para que nada falte al volumen de Madrid, cuya adquisición recomendamos al público como indispensable, se halla adornado de cincuenta y seis láminas en madera, la mayor parte de una ejecución esmeradísima; lástima que algunas de ellas, como las que representan las Salesas nuevas, la cárcel del Saladero, el ingreso del Casino, la cabecera del Canal, el monumento del Marqués de San Simón y alguna otra, hayan sido destinadas á reproducir estos objetos, al paso que la Plaza Mayor, la de Oriente, el interior de San Gerónimo y varios otros lugares y edificios interesantes, no han merecido ser consignados con el lapiz y el buril; lamentable es tambien que algunos de los referidos grabados no armonicen con los otros, y sobre todo la estampación lastimosa de ellos; efecto en parte de lo atrasados que todavía estamos en España en este ramo, y en parte tambien de la mala calidad del papel para imprimir láminas. Este defecto deslucen notablemente el tomo, y no dudamos que á haber tenido conocimiento de él desde un principio, no hubiera dejado de remediarse por quien con tan notable des-

interés ha hecho en este volumen gastos tales, que según hemos llegado á entender le ocasionan una pérdida efectiva de 5.000 duros, espendiendo todos los ejemplares; rasgos tales de desprendimiento y de patriotismo, bien merecen ser consignados como honrosas escepciones en esta época de egoismo y de indiferencia por el buen nombre de las cosas españolas. Por lo demás, la magnífica lámina que vá al frente de este número, y la que se halla al pié de este artículo, ambas debidas al Sr. Burgos, uno de los grabadores mas estudiosos y aventajados que tenemos, demuestran que

no hemos exagerado nada al hablar de la ilustración del tomo de Madrid.

A los pocos dias de repartido el 10 del Diccionario, se ha distribuido el 11, y parece que no se harán esperar mucho tiempo los que faltan para la conclusión de esta obra colosal, con la que ha prestado al país el señor Madoz uno de los mas importantes servicios que pudieran hacerse, y ha consolidado su reputación científica y literaria, granjeándose la estimación y el respeto de cuantos se interesan en los adelantos de la nación española.



Vista del palacio de Riera.

APOSTOLES, EVANGELISTAS Y MARTIRES.

Incendio de Roma.—Levantamiento de los judíos.

San Felipe se dirigió á la alta Asia y sufrió el martirio en Hierópolis, en Phrygia, á la edad de 47 años.

Santo Tomás fué entre los Partas y hasta las Indias.

San Bartolomé á la Grande Armenia.

San Simón el Canaceo predicó en Mesopotamia y en Persia.

San Matías, hácia la Capadocia, el Ponto-Eudino, y la Colchida.

San Judas, por otro nombre san Tadeo, en Arabia y en Idumea.

San Mateo, en Ethiopia.

San Pablo (1) con san Bernabé, en Chipre, en Epheso (2) en Macedonia, en Salamina, en Athenas, en Corinto; también vino á España, y al pasar por las Galias, dejó en ellas, según algunos, muchos de sus discípulos. Crescencio en Viena, Pablo en Narbona, Trophimo en Arles, desde donde volvió después á Oriente.

Todos, según la palabra de su Maestro, *Euntes docete omnes gentes*.

Hallándose san Pablo y san Bernabé en Antiochia, suscitóse una división á causa de que pretendían muchos que los infieles convertidos debían hallarse sometidos á la cir-

cuncision. Habiéndose trasladado los dos apóstoles á Jerusalén para consultar esta cuestión con san Pedro, Santiago y san Juan, celebróse una asamblea que descargó de las ceremonias prescritas á los judíos por la ley de Moisés, á los gentiles que abrazasen el evangelio, ordenándoles únicamente que se abstuviesen de la idolatría.

De vuelta en Roma san Pedro y san Pablo, después de haber viajado por diversos países, advirtiéndoles Dios que su fin se acercaba; y ellos continuaban predicando á los gentiles, que llegaban de todas partes, y como sabían por Jesucristo el castigo que á los judíos amenazaba, anunciaron que, dentro de breve tiempo, este pueblo sería sometido á mano armada, saqueadas sus ciudades, todo devastado y desterrado para siempre de su patria.

A tal altura, el 19 de julio del mismo año, el X del reinado de Neron (64 de J.—C.), prendióse fuego Roma por las tiendas del gran Circo, y duró seis dias. De los catorce distritos que componían la ciudad, cuatro únicamente quedaron enteros; tres fueron enteramente destruidos, y en los otros siete quedaron algunos restos de casas.

Neron estaba en Antium, y aun cuando pasó como cosa probada que él era quien había ordenado prender fuego á Roma por disfrutar del placer de verla arder, para aplacar los rumores que corrían, acusó de este incendio á los cristianos que eran odiados, y á quienes se imputaban multitud de crímenes sin examinar la verdad.

Una porción que se confesaban cristianos fueron cogidos é inmediatamente muertos á manos de la multitud. Añadíase á su suplicio crueles escarnios. Cubríanlos con pieles de animales para hacerlos despedazar por los perros; clavábanlos en cruces: revestíanlos de túnicas impregnadas de pez ú otras materias combustibles, y después las prendían fuego, de suerte que los pacientes servían como de antorchas para alumbrar durante la noche. Neron se

(1) San Lucas le acompañó en casi todos sus viajes.

(2) Timoteo fué dejado en Epheso por san Pablo, que lo ordenó obispo de aquella ciudad: adonde hácia el año 66 le dirigió su primera carta desde Macedonia. Tito, ordenado obispo por san Pablo, se quedó en la isla de Creta.

aprovechó de esto para dar un espectáculo en su jardín, en donde él mismo guiaba carros alumbrándose con el resplandor de aquellas horribles antorchas.

Esta fué la primera de las persecuciones de los emperadores contra los cristianos.

Y sin embargo, tal como san Pedro y san Pablo lo habían predicho, tuvieron lugar en Jerusalén en el año 63, diversos prodigios, que fueron mirados como los presagios de grandes calamidades.

En tanto que Neron estaba en Achai, los apóstoles san Pedro y san Pablo fueron sacados de la prisión de Mamertin, en donde se hallaban encerrados hacia nueve meses, y conducidos al suplicio por orden de los gobernadores de Roma. San Pablo en su calidad de ciudadano romano, fué degollado á tres millas de la ciudad, en un lugar llamado las aguas Salviennas, y su cuerpo, recogido por Lucina, señora romana, fué depositado por ella en sus tierras cerca del camino de Ostia. San Pedro, conducido del otro lado del Tiber, al cuartel en que habitaban los Judios, fue crucificado (1) en lo alto del monte Janículo, y su cuerpo sepultado en el Vaticano, en la via Aurelia, cerca de un templo de Apolo.

San Lino, que había sido ordenado por san Pedro para gobernar la iglesia romana en su ausencia, le sucedió en el pontificado.

Habiendo sabido Vespasiano (año 68) que los Galos, mandados por Vindex, se habían revelado contra Neron, y presumiendo que aquella revolucion podria atraer una guerra civil, se decidió á terminar pronto los negocios de Judea, moviéndose para ello convenientemente con sus tropas hasta llegar á Jericó, donde se le reunió su lugarteniente Trajano, que volvia de conquistar el pais situado del otro lado del Jordan.

Neron cuando le advirtieron de la rebelion de Vindex, no esperimentó casi ninguna alarma; pero su espanto fué inmenso cuando supo que España y Galba, que la mandaba, se habían igualmente sublevado, y que Rubrius Gallus, enviado contra los rebeldes hacia causa comun con ellos; aterrado con estas terribles nuevas, y abandonado por sus pretorios, huyó secretamente de Roma con cuatro de sus libertos, yendo á ocultarse en la casa de uno de ellos; y allí habiéndose informado del decreto del senado que lo declaraba enemigo del estado, se mató con la ayuda de sus gentes, en el instante en que sintió que se aproximaban los ginetes que venian en su busca. Así concluyó el mas cruel tirano de que haya conservado nombre la historia.

Galba le sucedió en el trono á la edad de sesenta y dos años: era un hombre austero, un romano de los antiguos tiempos; habia gobernado el Africa con moderacion y la España interior con no menos equidad, aun cuando ya avanzado en edad.

Vespasiano de vuelta de Cesareo, se disponia á marchar contra Jerusalem cuando supo la muerte de Neron. Esta nueva le hizo suspender la guerra y enviar su hijo Tito á Galba para recibir sus órdenes. Pero Tito volvió muy pronto á Cesarea, siendo portador de la noticia de la muerte de Galba, segun habia llegado á sus oidos en Achai.

No obstante, no queriendo Vespasiano permanecer en la inaccion mucho tiempo, partió de Cesarea, se apoderó de las ciudades de Bethel y de Ephem, en las cuales puso guarnicion, avanzó despues hácia Jerusalem, cuyos alrededores devastó, y volvió otra vez á Cesarea, en donde tuvo conocimiento de la muerte de Othon y de la eleccion de Vitelio.

Esta noticia le produjo una indignacion estremada; pues si bien no existia nadie que supiese obedecer y mandar como él, no podia llevar en paciencia el reconocer como dueño á un hombre que se habia apoderado del imperio como de una presa espuesta á la ambicion del primer ocupante.

Por otro lado, sus oficiales y soldados, que comenzaban á ocuparse ostensiblemente de los negocios públicos, manifestaban á las claras su disgusto porque disfrutasen las tropas que se hallaban en Roma de todo género de placeres, disponiendo á su antojo del imperio, y asignándosele á aquel de quien esperaban sacar mas dinero, en tanto que ellos, despues de haber esperimentado tantas penalidades y encañecido en las armas, eran bastante cobardes, puesto

que les dejaban disponer de semejante autoridad, teniendo un hombre tan digno de gobernarlos.

Inflamado con tales peroraciones, con tales quejas y con mil esperanzas el corazon del ejército, fué declarado emperador Vespasiano y reducido á aceptar esta dignidad, para salvar el imperio del peligro que lo amenazaba.

Toda la Siria prestó juramento de fidelidad á Vespasiano antes del 13 de julio.

Fuó ademas reconocido por el Tria y por el Achai.

En Mesia se declaró tambien por él Antonio, quien guió á Italia una legion contra Vitelio, batió sus tropas, llegó á Roma, juntose allí con Murcio, y en medio de la ciudad desafiaron al ejército de Vitelio, que despues de haber sufrido mil indignidades fué muerto y arrojado al Tiber el 3 de octubre de 69, despues de haber reinado ocho meses y cinco dias, y de haber vivido cincuenta y seis años.

Mucio hizo reconocer en Roma por príncipe á Domicio, hijo segundo de Vespasiano, en tanto que este llegaba.

Vespasiano recibió tales nuevas en Alejandria, en donde esperó el momento favorable para embarcarse.

Poco tiempo despues llegó á Roma (hacia el fin del año 69); y reconocido emperador por el comun sufragio, envió á su hijo Tito á Judea con tropas para dar fin á la guerra.

No obstante, el número de cristianos era mayor de dia en dia. La pureza de la nueva religion, la santidad de su moral, la vida inocente y austera de los que la habían abrazado seducia los corazones. Los paganos, habituados á vivir en el centro de los atractivos de esa mitología brillante, tan favorable á todos los placeres sensuales, á todas las pasiones, á todos los vicios, y tambien engalanada por la imaginacion de los poetas, quedábanse admirados de aquellas virtudes hasta entonces desconocidas, y muchos se convertian, abandonando los goces del siglo y esponiéndose á crueles persecuciones por practicar la humildad, la castidad, la mortificación, la templanza y la caridad.

En el reinado de Vespasiano no hubo persecucion general; pero con todo, se hallaban siempre suficientes pretextos para hacer morir á los cristianos como sediciosos ó sacrilegos (1). Así, entre otros mártires, pereció san Erodio, despues de haber gobernado la iglesia de Antiochia durante veinte y seis años (2). Así murió igualmente san Apolinario, primer obispo de Rábena, despues de haber sufrido el tormento muchas veces; así tambien, san Lino, obispo de Roma, á quien sucedió san Cleto (3).

Vespasiano murió en el año 76; es el único de entre los doce Césares que murió de muerte natural (4) y que tuvo por sucesores á sus hijos.

Tito, cuyo nombre es querido á la humanidad, no reinó sino 2 años, 2 meses y 20 dias. Pasó despues el imperio á su hermano Domiciano, que ni fué menos infame ni menos cruel que Neron; un gesto, una mirada, una palabra inocente, todo era crimen de lesa-majestad. La injeniosa sagacidad de los espías y delatores estendidos por todas partes, daban interpretaciones igualmente siniestras á las palabras y al silencio. La persecucion de los cristianos duró hasta el fin de su reinado (5). El apóstol San Juan fué puesto en Roma en un cubo de agua hirviendo cerca de la puerta latina, pero no esperimentó daño alguno: despues de lo cual fué trasportado á la isla de Patmos, en el Archipiélago. Allí, sintiéndose inspirado el dia del domingo, le fueron hechas muchas revelaciones, ordenándole que las escribiera á las siete principales iglesias del Asia, á saber: las de Epheso, Smirna, Pérgamo, Tiatiro, Sardis y Philadelphia. Representáronsele tambien muchísimas visiones que le indicaban los acontecimientos del porvenir, las persecuciones de la Iglesia y sus triunfos, la destruccion de Roma y la idolatria (6).

Flavio Clemente, primo hermano del emperador y consul, el XIV año de su reinado, tenia dos hijos de muy tier-

(1) FLEURI, *Hist. Eccles.*, lib. II.

(2) Tuvo por sucesor á san Ignacio, discípulo como él de los apóstoles, y que ocupó la silla durante cuarenta años.

(3) Los griegos le llaman Anacleto.

(4) Porque de Augusto se teme que fuese envenenado.

(5) El papa san Cleto, murió segun refieren en el año XIV del reinado de Domiciano, 95 de J. C.; se le cuenta entre el número de los mártires. Tuvo por sucesor á san Evaristo.

(6) La coleccion de todas aquellas revelaciones forma el libro del *Apocalipsis*.

(1) El 29 de julio de 67.

na edad, que Domiciano destinaba á que le sucediesen en el imperio, habiendo abrazado el cristianismo Clemente, así como su mujer Domitilla, y llevándose ambos una vida tranquila y retirada fueron ambos acusados de impiedad y judaismo (1) y castigados, el marido con la pena de muerte cuando saliera de su consulado (2), y la muger al destierro á una isla vecina á Italia.

Poco tiempo despues, habiéndose ya hecho odioso Domiciano por sus crueldades, fué asesinado á los 40 años de edad, 15 de su reinado.

Nerva, reconocido emperador por el senado y el ejército, llamó á los desterrados, y muy particularmente á los que lo habian sido á causa de la religion.

Entonces, habiendo salido de Patmos San Juan, volvió á Epheso, donde pasó el resto de sus dias, gobernando desde allí las iglesias todas del Asia.

Habiéndose trasladado San Juan á una ciudad poco distante de Epheso, y hallado á un jóven de bellas formas y de viva imaginación, le cobró alicion y lo recomendó al obispo, suplicándole que se tomase gran cuidado con él. Encargóse pues, el obispo, lo educó y lo bautizó. Pero el jóven se extravió, se dejó arrastrar por las compañías perniciosas, y concluyó por asociarse á una partida de bandidero, cuyo gefe llegó á ser.

Habiéndole ocurrido volver de nuevo al apóstol San Juan á la ciudad, pidióle cuenta al obispo del depósito que le habia confiado; quedóse el obispo sorprendido, creyendo que querian hablarle de un depósito de dinero.

«Hablo del jóven» le espresó San Juan.

Inmediatamente el anciano bajando los ojos y llorando le dijo: «Ha muerto.—Cómo? exclamó el apostol, y de qué muerte?—Ha muerto para Dios, continuó el obispo; ha concluido por ser un perverso, un bandido: ocupa la montaña con una cuadrilla de malvados como él.» Lanzó el apóstol, un grito á semejanza nueva, pide un caballo y un guia, y partió inmediatamente. Llegando á la primera avanzada de los bandidos, se detiene y pide que lo conduzcan á presencia del gefe. El capitán esperaba enteramente armado; pero en cuanto reconoció al apóstol, huyóse confundido por la vergüenza. Siguióle San Juan á toda brida, sin reparar en su avanzada edad, exclamando: «Hijo mio, por qué huyes á tu padre, á un anciano sin armas? Ten piedad de mí, hijo mio, no temas nada; aun abrigo esperanzas de poderte salvar... Detente; cree que ha sido Jesucristo quien me ha enviado aquí.» Detúvose el jóven á estas palabras, fija la vista en la tierra, arrojó sus armas, y despues comenzó á temblar y á llorar amargamente. Cuando llegó el anciano á donde estaba abrazóle el jóven bañado en lágrimas. El apóstol le aseguró que habia obtenido su perdon del Salvador, y lo volvió á la Iglesia como un grande ejemplo de penitencia.

En Epheso fué donde escribió San Juan en griego el Evangelio que lleva su nombre.

En los últimos tiempos de su vida hacíase llevar á la iglesia por sus discípulos, y como no tenia fuerzas para hablar seguido por largo espacio, se limitaba á decir á la asamblea: «Mis queridos hijos, amaos los unos á los otros.» y como le preguntasen sus discípulos, por qué repetia constantemente las mismas palabras, contestó: «Porque tal es el mandato del Señor, y basta con cumplirlo.» Murió el año 99 de Jesucristo, y su cuerpo fué enterrado cerca de la ciudad de Epheso.

Su evangelio y sus tres epístolas son, dice Fleury, en cuanto al orden de los tiempos, las últimas de las sagradas escrituras, dictadas por el Espíritu Santo, á no ser que la epístola del apóstol San Judas (llamado tambien Tadeo) sea posterior, porque parece escrita despues de la muerte de los demas apóstoles.

San Bernabé, nacido en la isla de Chypre, de una familia de la tribu de Lery, fué enviado por la iglesia de Jerusalem, cerca de la Antiochia, para acelerar en ellas, por medio de sus instrucciones los progresos del Evangelio, y allí recibió la mision de ir á predicar con San Pablo á los gentiles.

Los griegos, segun una relacion de Alejandro, monge de Chypre, en el sexto siglo, creen que San Bernabé sufrió el martirio en Selamina, despues de haber convertido á una

gran parte de los habitantes de la isla con sus predicaciones y sus milagros.

El imperio y la humanidad respiraron bajo Nerva; pero, como estaba en muy avanzada edad, cuando fué llamado á reinar, adoptó por hijo y nombró César á Marco-Alpio Trajano, nacido en España, que mandaba á la sazón en la Fennia.

(Concluirá.)

NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

IV.

Hernando, que por soberana permission sin duda, habia conservado hasta allí libre el uso de sus sentidos para ver y oír cuanto á su alrededor pasaba, perdió en aquel punto las fuerzas del cuerpo y del espíritu juntamente, y cayó postrado en tierra con un mortal parasismo.

En tanto la creciente del rio iba cada vez mas en aumento, y ya las olas desatadas por las vecinas llanuras amenazaban muy de cerca los muros de la quinta con rugido cercano y temeroso. Para que todo estuviere de acuerdo con este espectáculo magnífico y terrible de la naturaleza, tambien en lo interior del edificio se oían al mismo tiempo sordos gemidos de espanto mezclados con voces amenazadoras, y con crugidos de cerrojos y armaduras; que no parecia sino que todas las legiones de Satanás andaban allí abriendo y cerrando las puertas del infierno para sepultar en sus concavidades á las almas precitas.

Y en efecto, mucho infernal habia en la rabiosa cólera con que el conde de Castañeda, juzgando su honor traicionado por su casta esposa, penetró con toda la saña y la astucia del tigre en la estancia de esta, y acercándose sin ser sentido á la ventana, la arrancó de ella violentamente, clavándola las uñas en el cuello y obligándola á lanzar el grito de dolor y de espanto que oyeron Hernando y su misterioso guia cuando se decidieron á penetrar en el jardin.

Doña Leonor quedó postrada en medio de la estancia, y su terrible esposo sin curarse de sí la habia ó no matado, se colocó entonces en acecho tras el pretil del ajimez con la daga en la mano, resuelto á atravesar el corazon de Hernando; hasta que creyendo haber sido este en efecto el blanco de sus iras, como dejamos referido, cerró con estrépito las puertas del ajimez, y mandó iluminar la estancia sin curarse mas de lo que abajo en el jardin ocurriese.

Cuando, encendida una lámpara, vió á su esposa, la halló inmóvil y fria con el hielo de la muerte, los cabellos en desorden y el cuello ensangrentado; todo lo cual le persuadió á que el susto ó el golpe la habian privado de la vida. En esta persuasion, volvió á envainar la daga que aun llevaba desnuda, y dirigiéndose con horrible calma á los dos consternados servidores que le asistian, les dijo:

Bajad ese cuerpo á la capilla, colocadle delante del altar; poned en este dos hachas encendidas, y rezad por la que fué mi esposa.

Los criados sin replicar cogieron respetuosamente el cuerpo de su señora, y obedeciendo puntualmente las órdenes del conde, le colocaron en la capilla tendido sobre un paño negro, con la cabeza reclinada en el pié del altar, de modo que las velas encendidas sobre este vertian perpendicularmente su luz sobre aquel hermoso y entonces livido semblante. Pocos instantes despues, volvieron á subir los escuderos con ojos llenos de lágrimas á la presencia del conde, que en apariencia tranquilo los aguardaba sentado en un sitio, y la vista fija en algunas manchas de sangre derramadas por el suelo.

—¿Cumplisteis mi encargo? les preguntó en cuanto llegaron.

—Sí, señor, os hemos obedecido puntualmente.

—Pues ahora escuchad. Si en algun momento de vuestra vida se os escapa una sola palabra acerca de cuanto acabais de ver, aquel será vuestro último instante.

—Contad con nuestro silencio, señor: ya sabeis que siempre os hemos sido fieles.

—Está bien. Decidme, qué hora será?

(1) En los primeros tiempos confundian los romanos á los cristianos con los judios.

(2) En el año 15 del reinado de Domiciano y 96 de J. C.

—Tardará poco en amanecer.
—Pues enjaezad mi caballo y los vuestros, porque vamos á partir los tres juntos.
—Señor, con esta oscuridad y cuando el río va ya ganando toda la llanura, sería esponeros demasiado.
—Por lo mismo es preciso que os apresureis, antes que la inundacion nos cierre todo camino, y nos impida partir á Jaen. Ya os he dicho que el rey me ha mandado salir allá por frontalero.

—¿Y hemos de dejar abandonada la quinta?
—Ira de Dios! no solo abandonada, replicó el conde levantándose bruscamente de su asiento y haciendo crugir su armadura con las convulsiones de un endemoniado; no solo abandonada, sino arrasada han de verla los que vivan, de modo que no queden ni los cimientos. Apriesa, villanos, preparad los caballos, y no repliqueis mas.

Y dicho esto, amo y criados, el primero empuja-lo por la cólera, y los segundos por el miedo, saltaron mas bien que bajaron una escusada gradería, que directa y ocultamente comunicaba el piso alto con la planta baja posterior del edificio, que era donde se hallaban las caballerizas. Enjaezar los tres caballos y saltar el conde al suyo, sin esperar le diesen el estribo, todo fué un breve punto; y ya se disponian á montar tambien los escuderos, cuando el conde tirando la rienda á su bridon, impaciente por salir á campo abierto, les dijo:

—Esperad: antes de que partamos, es preciso que abrais las compuertas del foso.

—Señor, le respondió temblando el mas anciano: ved que la corriente se va echando encima; y si abrimos las compuertas, antes de una hora estará inundada la quinta.

—Pues por eso mismo, imbecil, por eso te lo mando yo; para que se inunde.

—Señor ¿y se ha de quedar sin sepultura aquella infeliz?
—Las aguas, que la lleven en su corriente, pronto la darán sepulcro en las entrañas del mar.

—Piedad, señor! ¿y si estuviere viva?

—¡Miserable! si replicas mas, te arranco el corazon.

No hubo mas remedio que obedecer. Las compuertas se abrieron; montaron despues sus caballos los dos servidores, y soltando sin mas demora las cadenas del puente levadizo, le atravesaron los tres ginetes, que con el agua casi hasta las cinchas, lograron no sin peligro y con desesperado esfuerzo ganar las colinas que á espaldas de la quinta se elevaban sobre la altura ocupada por esta. Cuando el conde se vió ya pisando en seco, trepó á la cima del cerrillo mas elevado, y parándose en él á contemplar las contiguas llanuras que en pos de sí dejaba, creyó, á la dudosa luz de la ya naciente aurora, ver cubiertas por las aguas la mitad del muro de su quinta; y agitando entonces sus labios cárdenos con una risa convulsiva, murmuró con acento ronco:

—Querian unirse contra mi honor en lazo estrecho: pues hélos ahí que pronto el mar cercano los juntará indisolublemente en sus abismos.

Dijo; torció las riendas, clavó el acicate á su caballo, y seguido de sus dos escuderos partió como el relámpago por las opuestas laderas.

V.

La brisa de la mañana, el ruido de las olas y la voluntad del cielo sacaron á Hernando de su parasismo. Perturbada su memoria, mal seguros sus sentidos, y embargado aun por el religioso terror que habia experimentado, no pudo oír sin espanto los repetidos sonos de la campana con que el vecino pueblo de la Algaba, tocando á rebato, imploraba el auxilio de la ciudad para salvarse del furor de la creciente derramada ya dentro de su humilde recinto. El buen caballero sacudiendo con repentino vigor sus entumecidos miembros, poco á poco empezó á recordar los sucesos de aquella pasada noche; y auxiliada su memoria por la propia situacion en que se encontraba, llegó á comprender que algo terrible debia haber pasado en la quinta durante su parasismo. Entonces, como era natural, empezó á recorrer primeramente la circunferencia del edificio con firme resolucion de penetrar luego en él para mediar con su ayuda donde fuese necesario.

Estráñole no poco ver echado el puente levadizo, si bien el observar el foso exterior ya todo cubierto de agua, le hizo sospechar que aquello se habria sin duda hecho para

dar paso á los moradores de la quinta, temerosos de la inundacion. Pero ¿qué habia sido de doña Leonor? ¿Por qué los que asestaron contra él el arma homicida, que no hirió sino á su compañero, le han dejado vivo en el jardin? ¿A dónde han ido?

Mientras revolvía estas dudas en su mente, decidióse á entrar en la casa; pero halló cerradas todas sus puertas con candado, y solo abiertas las de las rejas de la planta baja, al través de las cuales pudo ver claramente las habitaciones desiertas; y cuando no las viera tales, ya se lo hubiese hecho comprender el silencio que en ellas reinaba. Recorriendo así reja por reja, y habiendo dado vuelta á todo el cerco del edificio, volvió á encontrarse en su punto de partida, es decir, en el jardin, cuyos lados todos empezó á examinar mas por menor, pues que cayendo hacia él la parte principal de la casa, y por consiguiente la habitacion de los condes, parecióle que allí debia mas probablemente haber alguna señal de lo acaecido. Pero precisamente en toda esta fachada no se veía mas reja ni balcon que el ajiméz ya conocido de nuestros lectores; y pensar en escalarlo era inútil, pues harto se conocia desde abajo que estaban interiormente cerradas sus puertas, con lo cual no habria conseguido Hernando mas que esponerse al peligro de la subida.

Un presentimiento íntimo le estimulaba sin embargo á no abandonar la inspeccion de aquel lado; y al verle tenazmente clavar la vista en toda la estension de la fachada, no parecia sino que aguardaba ver hundirse el muro por en medio para abrir paso á sus ojos ansiosos. Inspeccionando así tan minuciosamente, llegó á descubrir un calado roseton de arabesca moldura, que por estar casi enteramente cubierto con los hojosos tallos de arrayan y mosqueta prendidos en el muro como un tapiz, no habia visto hasta entonces, á pesar de hallarse practicado casi á la altura de su cabeza.

Prontamente Hernando cortó con su espada los tallos que ocultaban el roseton, y alzándose un tanto sobre las puntas de los pies, vió por entre las molduras la llama de dos velas encendidas sobre un altar, con lo cual comprendió que aquella estancia era la capilla del edificio. Sus ojos entonces recorrieron con ánsia todo el espacio iluminado por las velas, y pronto los latidos angustiosos de su corazon, y el sudor frio que sintió correr por su frente le dijeron de quién era el cuerpo ensangrentado de aquella infeliz mujer tendida sobre aquel paño negro.

—¡Madre mia del Amparo! exclamó el buen caballero apartando los ojos con horror de cuadro tan lastimoso. ¿Por qué me socorríste á mí, que era culpable, y la abandonaste á ella, que era inocente? ¿Por qué, madre de misericordia, no te movieron á piedad su pureza y su hermosura? Quizás ha sido tu voluntad soberana hacerme mas dulce la muerte que me espera, recibiendo antes en tu sagrado seno á esa desgraciada para que yo me una con ella en otro mundo mejor. Si tal es tu voluntad, reina y señora, heme aquí pronto. Ya voy á buscar mi caballo y mi armadura: ya corro á encontrar en el campo de los infieles la muerte que me has impuesto. No me abandones ¡madre mia!

No bien habia terminado esta mental plegaria el caballero, cuando la inundacion, rebosando súbitamente el nivel del foso exterior, penetró como un torrente en el jardin al través de las compuertas, abiertas como hemos dicho de antemano, y Hernando quedó cubierto de agua hasta la cintura.

—¡Madre mia del Amparo! no es esta la muerte que me has prometido. Déjame salir á verter mi sangre en honra tuya.

Al decir esto, vió Hernando desmoronarse vencida por el ímpetu de la creciente la tapia del jardin, y por cima de sus escombros vogar hacia él una barquilla, que en breve trajo la proa al alcance de su mano. Era la misma en que antes habia atravesado el Guadalquivir, y entonces como antes bogaba sin velas ni remo en la direccion que queria el que iba en ella.

—Gracias te doy, madre mia, por este nuevo favor, dijo Hernando, puesto ya de pié en la popa.

Y la barca tornó á vogar lentamente en direccion de Sevilla, mientras Hernando con los ojos vueltos á la quinta, invocaba á su soberana protectora, pidiéndola sepultura para la infeliz que allí dejaba.

Ella habia sido el dulce pensamiento de su juventud, y habia muerto por su causa: así es que el amor, la pena y

el remordimiento se aunaban para martirizarle. Su vista no podía apartarse de aquella funesta morada, y no cesaba de verla en su imaginación tendida sobre el paño negro, ensangrentada su vestidura, y abandonada de los hombres.

De repente ve ceder la puerta principal interior de la quinta al impetu de las olas, que hallando por este camino mas ancha entrada, se precipitaron como un torrente por las habitaciones, haciendo crugir con el golpe las paredes, arrancando las rejas y devastando en fin cuanto hallaban á su paso. Empujadas sucesivamente las primeras olas, que penetraron con las que en pos de ellas se acumulaban bramadoras, veíanse á cada oleada flotar los árboles del jardín arrancados de cuajo, los muebles de la quinta, cuadros, mesas, siales, arneses y armaduras.

Mientras Hernando contemplaba esta dolorosa escena, parecióle ver ondulando contra la corriente y en dirección de su barquilla un paño negro, tendido como si bogara en la superficie de un remanso tranquilo, y sosteniendo un bulto, que en su centro se mecía siguiendo las ondulaciones del paño, cual si fuese clavado en él. Las ondas que corrían á su encuentro parecían desviarse de sus márgenes para abrirle paso, y la barca de Hernando parecía también haberse clavado en el revuelto espejo de las aguas, como si esperara que el bulto la abordase. A medida que se acercaba, creía el caballero percibir los contornos de un cuerpo de muger, y aun se le figuraba ver su cabellera cortando las aguas como un remo. Su espíritu y su cuerpo sintieron tan fuerte sacudida, que en poco estuvo no lanzarse al agua, creyendo poder á nado abordar mas pronto aquel paño flotante; pero contóvle el ver que éste ya lamia la proa de su barca: y apenas daba crédito á sus ojos, cuando, temiéndolo ya al alcance de su mano, vió ante sí el cuerpo de doña Leonor, tendido aun en el paño, como le habia visto en la capilla; solo que ya habian desaparecido de su cuello y sus ropas las manchas de sangre, y sus labios empezaban á colorarse de carmin, y la tez de su semblante á trocarse de lívida que estaba, en blanca como la azucena. Una celestial esperanza inundó al verla el pecho de Hernando, que cogiendo por sus orillas el paño, logró sin mucho esfuerzo trasladarlo á la barca, tenderlo despues en medio de esta, y arrodillarse al lado de aquella hermosura, para contemplarla con ansiosa curiosidad.

La barca en tanto no cesaba de bogar con la proa enderezada hácia el frente de la capilla de nuestra Señora del Amparo, que ya se descubria en la margen opuesta, como el faro de salud á aquel feliz navegante. Feliz mil veces, porque aquella hermosura que él habia juzgado muerta estaba viva: acababa de abrir sus bellos ojos, y de ver á Hernando arrodillado ante ella.—Virgen Santísima! habia exclamado Hernando sin levantarse del suelo: tú la pones bajo mi protección y custodia: tú premias el puro amor que la he tenido. Gracias, madre mia, porque no has querido dejarme llegar á mi última hora con tan atroz remordimiento.

Doña Leonor, aunque vuelta en su acuerdo, no podia hablar, ni oír las palabras de Hernando: con los ojos fijos en la vecina capilla, y las manos cruzadas sobre el seno, mas que muger, parecia una virgen penetrando en las mansiones celestiales á recibir la ganada palma del martirio.

Poco tiempo despues tocó la barca en tierra. La dama y el caballero entraron en la capilla; permanecieron allí breves instantes adorando á la reina del cielo, y al cabo, ya entrada la mañana, pisaban los umbrales del palacio del rey.

Cuando á ellos llegaron, habló Hernando por primera vez á doña Leonor, y la dijo.

—Quedad en paz: yo voy á partir.

—A donde?

—A encontrar la muerte, que me está prometida. Queréis darme una memoria vuestra?

—Decid.

—Pronto mi cuerpo necesitará un sudario. Dadme ese paño negro.

—Tomadlo, y Dios os guie. En otro mundo nos veremos.

—Quedad con Dios, señora.

GABINO TEJADO.

LA CRUZ. (1)

¡Canto la Cruz! ¡que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos

Con silencio profundo!
¡Y tú, Supremo Autor de la armonía,
Que das sonido al mar, al viento, al ave,
Presta viril vigor á la voz mia,
Y en torrentes de austera poesía
El poder de tu Cruz deja que alabe!

Tiembla la tierra, se conmueve el cielo
De este nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito

En su mansion de duelo!
Canto la Cruz! el Angel de rodillas
Postra á tal voz la inmaculada frente;
Tú, escelso Querubin, tu ciencia humillas,
Y del amor las altas maravillas
Absorto adora el Serafin ardiente.

¡Alzad, alzad vuestro pendon de gloria,
¡Oh de la fé sublimes campeones!
¡Alzadlo y á su sombra las naciones

Cantarán su victoria!
Alzadlo, que el clamor no le amedrenta
Que exhalen de impiedad negros vestigios...
¡Sangre de un Dios por púrpura presenta,
Y por sagrado pedestal se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos!

¡Alzadlo vencedor! Esa es la enseña
Ante la cual temblaron las montañas,
La tumba abrió sus lóbregas entrañas,
Se quebrantó la Peña!
Viéndola el sol, del Gólgota en la cumbre,
Lecho de muerte al hijo del Eterno,
Velo asombrado la fulgente lumbre;
Y al ver cesar la antigua servidumbre
De la culpa de Adán, rugió el infierno.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,
Desde su olimpo egrégio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente,
Como emblema de triunfo Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Párias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual lo vió, firme, constante,
Mas fuerte que las haces de los Reyes,
Entre escombros de pueblos y de leyes
El bárbaro triunfante!

Holló de sus bridones con las plantas
El esplendor de Europa, envejecido
En tantas lides, en hazañas tantas;
Mas de esa Cruz ante las áras santas
El ruego al vencedor dictó el vencido!

¡Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello!
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario,
Que tan pronto derroca como encumbra,
No es ya de un mundo el otro tributario...
¡Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra!

(1) Esta composición fué leída en el Liceo en la sesión religiosa celebrada el martes, y como al facilitárnosla su autora para publicarla, no la ha acompañado, sin duda por un sentimiento excesivo de modestia, de nota alguna que llame la atención sobre una circunstancia que la distingue, además de su mérito evidente, la dirección del SEMANARIO se cree en el deber de decir dos palabras sobre la particularidad de que la mitad casi de dicha oda está escrita en versos de nueve sílabas: sabido es que esta armonía métrica ha sido en vano buscada por varios versificadores, que algunos la han juzgado imposible, y que ninguno la ha conseguido perfecta. Esponceda mismo no logró presentar versos de nueve sílabas perfectamente armónicos y consonantes en el trozo de su poema que presentó como un ensayo; pues luchando con las dificultades del metro, no pudo sujetarse á una rima rigurosa; aquel ensayo es, sin embargo, el mejor que hasta ahora se habia ofrecido al juicio del público. La señora de Avellaneda ha tenido la dicha de hallar este metro nuevo y bellísimo tanto como difícil, y la presente composición es una lindísima prueba de ello.

¡ Alzadlo que su apoyo necesita
La vacilante humanidad! ¿Dó quiera
No la veis á la vez medrosa y fiera
 Cuán incierta se agita?...
Su audaz anhelo á su flaqueza espanta,
Y arrastrada por vértigo profundo
En convulsiones su vigor quebranta,
Hoy abatiendo lo que ayer levanta
E inútilmente estremeciendo al mundo.

¡ Alzad la Cruz que el porvenir encierra
De esa infinita multitud! Sus brazos,
Que solo brindan fraternales lazos,
 Afirmarán la tierra!
¡ Alzad la Cruz que de la especie humana
Vincula los destinos en su nombre!...
¡ Alzad la Cruz de donde el bien emana,
Y do se ostenta en acta soberana
La verdadera libertad del hombre!

Aunque entre sangre se presenta adusta,
La paz sustenta y al amor anida:
Instrumento de muerte enjendra vida,
 Y es luz su sombra augusta!
Dique opone al poder y lo afianza;
El débil se hace fuerte de ella armado;
Por ella sola la igualdad se alcanza,
Que de sus brazos la eternal balanza
Pesa á la par el cetro y el cayado.

Allí tambien la soberana diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla
Que sí del hombre la razon humilla
 Su dignidad demuestra!
Si, pesó al mundo la Eternal Justicia;
Pesólo por romper el que lo abate
Yugo cruel de la infernal malicia,
Y tanto amor en él cargó propicia
Que una vida inmortal fué su rescate!

Por eso en los ásperos brazos
del leño sagrado se ostentan
las manos que al orbe sustentan,
las manos que rigen al sol.
Por eso en gemidos se ahoga
la voz que á la nada fecunda,
velada por sombra profunda
la luz de la gloria de Dios.
¡ Tú espiras, oh autor de la vida
¡ la muerte contigo se ensaña!...
mas rota quedó la guadaña
al darte su golpe cruel!

Subiendo á tu trono sangriento
su trono funesto derrumbas...
¡ los muertos dejando sus tumbas
recogen tu aliento postrer!
El rey de la tierra probando
del fruto del árbol de ciencia,
la muerte nos dió por herencia
y esclavos nos hizo del mal.

El rey de los cielos, cual fruto
del árbol de amor nos convida,
la patria nos vuelve y la vida,
por padre al Eterno nos dá.

¡ Florece, árbol santo, que el ástro
de eterna verdad te ilumina,
y el riego de gracia divina
fomenta tu inmensa raiz!

Florece, tus ramas estiende,
la estirpe de Adán fatigada
repose á tu sombra sagrada
del uno al opuesto conlin!

¡ Te acaten pasando los siglos
y tú los presidas inmoble,
y toda rodilla se doble
en faz de tu eterno vigor!

¡ El cielo, la tierra, el abismo
se inclinen, si suena tu nombre!...
¡ tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡ tú elevas el hombre hasta Dios!

G. G. DE AVELLANEDA.



LA CONFESION.